

## 15° Capítulo del Abad General OCist para el CFM – 11.09.2013

Hay una última mención a la paz en la Regla que quisiera tratar hoy, porque nos da un ulterior matiz importante sobre qué significa encarnar verdaderamente la paz en nuestra vida monástica, al servicio de la paz en el mundo. Se encuentra en el capítulo 65, sobre el Prior del monasterio. Es un capítulo de la Regla que nos pone en guardia ante la lucha por el poder en la comunidad. Sobre la sed de poder nos habla también san Benito en otras partes, pero aquí es como si expresaría con más claridad y aprensión su preocupación con respecto a este mal, que es normalmente la causa de las peores divisiones y conflictos en las comunidades. Se comprende que san Benito ha tenido y visto experiencias negativas, y quiere evitarlas a quienes sigan su Regla.

Desde el comienzo del capítulo 65, el núcleo de la cuestión se encuentra expresado claramente: “Ocurre con frecuencia que por la institución del prior se originan graves escándalos en los monasterios. Porque hay algunos que se hinchan de un maligno espíritu de soberbia, y, creyéndose segundos abades, usurpan el poder (*adsumentes sibi tyrannidem*), fomentan conflictos y crean la disensión en las comunidades” (RB 65,1-2).

En este capítulo 65, san Benito analiza todos los mecanismos, tanto psicológicos como relacionales, de esta lucha de poder y sus consecuencias. Pero en estos primeros dos versículos, lo esencial ya está dicho: el mal, como dice Jesús en el Evangelio, sale del corazón del hombre: “En efecto, del corazón provienen los malos propósitos, homicidios, adulterios, impurezas, falsos testimonios, calumnias” (Mt 15,19). Aquí san Benito habla de aquellos que están “hinchados por un maligno espíritu de soberbia – *maligno spiritu superbiae inflati*” (RB 65,2). La imagen nos describen un “hincharse” como desde dentro de uno mismo, un hincharse que no respira el aire fresco del Espíritu bueno de Dios, sino que es como, ¡perdonad!, esos gases gastrointestinales que se forman por la fermentación interna de alimentos demasiado pesados. El “maligno espíritu de soberbia” nos hincha desde dentro de nosotros mismos, en una fermentación malsana de nuestro yo, que no ve a los demás como un espacio de servicio y gratuidad, sino como dominio de un poder que aferrar y mantener con las propias manos. Quien vive así un cargo, una responsabilidad, un trabajo en comunidad, no lo hará más que para afirmarse a sí mismo, y esto, inevitablemente, favorecerá la división y los conflictos de poder.

Siempre dentro de este capítulo 65, san Benito utiliza todo un vocabulario de la hostilidad humana para describir las consecuencias en comunidad de tomar tal opción egocéntrica en la vivencia de la vida y de la vocación: “De aquí nacen envidias, altercados, calumnias, rivalidades, discordias, desórdenes – *invidiae, rixae, detractiones, aemulationes, dissensiones, exordinationes*” (RB 65,7). ¡Parece que estamos leyendo la crónica negra de los periódicos! Sin embargo, Benito está hablando de comunidades monásticas.

Esto, evidentemente, no atañe solo al prior, sino que es para todos y en todo. ¿Cómo evitarlo, como hacer para ir contra esta ruina diabólica de los corazones y las comunidades?

He aquí que san Benito continúa hablándonos de la paz, y lo hace uniéndola a la caridad y a la obediencia. Dice: “Por eso, hemos creído oportuno, para mantener la paz y la caridad (*propter pacis caritatisque custodiam*), que la organización del monasterio dependa toda ella del abad” (RB 65,11).

San Benito une aquí la paz a la caridad, como amor fraterno que refleja en el mundo el amor trinitario y paterno de Dios. Una vez más, la paz, al igual que la caridad, no es un producto nuestro: es un don para *custodiar*, una gracia de Dios que se da a toda comunidad convocada en el nombre de Cristo. Y el instrumento principal de la custodia de la paz es la obediencia a un solo pastor de la comunidad, el aceptar que el camino de la comunidad sea determinado, “ordenado”, siguiendo a la letra la expresión de la Regla, por un único responsable último, el abad. Es él quien tiene el deber y el carisma de organizar la vida del monasterio de tal modo que en él se custodie y crezca el don de la paz en la caridad.

Esta llamada está, ante todo, dirigida al mismo abad. No se trata de tener simplemente una sola cabeza, una sola organización. El fin de la unidad de la autoridad en la comunidad no es porque todo pueda funcionar bien evitando los problemas. El fin es la custodia de la paz y de la caridad. También el abad debe obedecer a esta intención profunda y esencial de su ministerio, de su responsabilidad. Su autoridad no es para el poder, sino para la comunión. Es una autoridad pastoral paterna y fraterna al servicio de la comunión del rebaño en la paz y en la caridad.

En esto, san Benito se refiere a su concepción de la obediencia, que no es una obediencia de sumisión, de renuncia a la libertad, sino una obediencia de renuncia libre a uno mismo por amor a Cristo, una obediencia de humildad que prefiere a Cristo a sí mismo: “El primer grado de humildad es la obediencia sin demora. Exactamente la que corresponde a quienes nada conciben más amable que Cristo” (RB 5,1-2).

Lo que construye verdaderamente la paz en la caridad, en comunidad y después en el mundo, es para nosotros, ante todo, la preferencia de Cristo. Solo si se ama a Cristo hasta preferirlo a nosotros mismos se tiene en el corazón la razón y la fuerza de no preferir el poder, de no preferir la posesión, de no preferir la propia gloria, y todo lo que destruye la paz en nosotros, entre nosotros y en el mundo. “No concebir nada más amable que Cristo” nos libera del deseo de todo lo que nos divide de los demás, de toda raíz de odio al hermano.

Pero, así como incluso la preferencia de Cristo es una gracia para acoger, porque somos incapaces de ella, tenemos necesidad de un camino para crecer en la misma. Para nosotros este camino es la humildad de la obediencia al superior de nuestra comunidad. Es el camino de la obediencia que nos educa a dejar prevalecer el amor a Cristo sobre el falso amor de nosotros mismos, a dejar prevalecer el amor a Cristo sobre los valores del mundo que dividen los corazones. La preferencia de Cristo nos libera de todo lo que divide, de todo lo que es “diabólico” en el sentido etimológico del término. Lo que corrige en nosotros las tendencias negativas del corazón, que destruyen la paz y la caridad, no es tanto una violencia hecha sobre nosotros mismos, sino la obediencia humilde, diaria, paso tras paso, a la propia comunidad, como regaño guiado y ordenado por un solo pastor representante de Cristo.

La gran responsabilidad del abad es vivir él el primero la preferencia de Cristo dando su vida por la paz y la caridad de sus hermanos. La responsabilidad de los monjes y de las monjas es la de seguir con verdad y libertad el camino de la pertenencia a una comunidad, guiada en nombre de Cristo. Esto nos libera realmente para ser hacedores y constructores de la paz verdadera en la caridad.